

Cuatro amigas... Una de ellas será la primera presidenta de Estados Unidos

LAS CANDIDATAS



SARAH WATSON

CROSS
BOOKS

LAS CANDIDATAS

SARAH WATSON

**CROSS
BOOKS**

CROSSBOOKS, 2020
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Most Likely*
© del texto: Sarah Watson, 2020
Derechos de traducción negociados mediante KT Literary LLC
y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.
Todos los derechos reservados
© de la traducción: Víctor Ruiz Aldana, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: enero de 2021
ISBN: 978-84-08-22795-3
Depósito legal: B. 7.296-2020
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo uno

Cleveland, Ohio
Otoño de 2019

Logan Diffenderfer avanzaba a buen ritmo al tomar la curva en la pista. Tenía la camiseta pegada al cuerpo por el sudor, y el pelo marrón le ondeaba de tal manera que parecía seguir el ritmo de una canción desastrosamente moderna pero perfectamente rítmica.

No podía ser más desagradable.

El espacio que había debajo de las gradas solía ser el mejor sitio del instituto William McKinley para hablar en privado. C. J. no se podía creer que se hubiera olvidado de los entrenamientos de *cross* cuando sugirió que ella y sus tres mejores amigas se encontraran allí al acabar las clases.

—¿Y si quedamos en otro sitio? —dijo.

Hasta este año, C. J. también había estado en el equipo. Nunca había sido una corredora especialmente resistente, y se recordó a sí misma que lo de dejarlo tenía una explicación. Necesitaba tiempo para estudiar para la selectividad (otra cosa que tampoco se le daba demasiado bien). Aun así, se le

hacía raro, y puede que incluso le diera pena, ver a su antiguo equipo entrenando sin ella.

—Podríamos quedar en la biblioteca, o en el sitio que hay detrás de los contenedores de la cafetería.

Martha miró la hora en el móvil.

—Tengo que estar en el coche dentro de cinco minutos. No de camino al coche. Dentro del coche.

C. J. no le echaba en cara lo de tener prisa. Martha era la única que trabajaba al salir del instituto. Además, era la única que no tenía coche, así que no le quedaba otra que depender desesperadamente de Ava, que había accedido a llevarla.

—Por favor, dile a C. J. que podemos hablar aquí sin problemas.

Ava se encogió de hombros.

—No pasa absolutamente nada. O sea, literal que no nos va a oír nadie.

Eso hizo que Jordan levantara la vista del teléfono.

—Así es, literalmente, como que no se usa la palabra *literal*, pero ni de lejos.

Cerró Snapchat y abrió Instagram. Hacías unas horas que había colgado una foto suya con el vestido *midi* nuevo, de estilo años cincuenta, con la J de Jordan bordada en el bolsillo en un tono purpúreo que combinaba perfectamente con las mechas de color que se había hecho en el pelo. C. J. era más bien una chica de tejanos y camiseta, y no acabó de pillar el *look* de Jordan, pero aun así le dio al corazoncito junto a la publicación y dejó un comentario, porque eso es lo que haces cuando una de tus mejores amigas intenta petarlo en las redes sociales.

—Ava no va tan desencaminada. Literalmente. Nadie.

Martha echó un ojo a la hora.

—Cuatro minutos. Tengo cuatro minutos.

Jordan guardó el móvil.

—Vale, a ver, lo de esta noche. ¿Quién va a conducir y quién va a llevar...? Bueno, ¿qué se supone que tenemos que llevar?

Todas intercambiaron miradas y encogimientos de hombros. Era la primera vez que hacían algo así.

—Algo afilado, supongo —dijo al fin C. J.

—Ya me encargo yo —siguió Ava—. Pero ¿afilado tipo qué?

Mientras debatían el filo que debía tener el objeto afilado que traería Ava, se oyó un fuerte grito en la pista que tenían detrás. Todas se volvieron y vieron que Logan Diffenderfer había cruzado la línea de meta. Después de bajar el ritmo, recuperando el aliento entre grandes bocanadas de aire, volvió a levantar el puño triunfante y dejó escapar otro grito. C. J. sintió una punzada de celos. Echaba de menos la sensación de cruzar la meta y que la embargara una mezcla de alivio y entusiasmo. Observó a su antiguo entrenador de *cross* pasarle una botella de agua a Logan y darle un golpecito en la espalda.

C. J. sintió otra punzada. Todo lo que hacía Logan parecía fácil, aunque no es que no se esforzara. Cuando estaba en el equipo, ellos dos eran los únicos que solían registrar kilómetros extra y que no desviaban la mirada cuando el entrenador les vociferaba cosas inspiradoras en medio de una carrera. A Logan ese esfuerzo adicional le reportaba medallas de oro y récords batidos. A C. J. a duras penas la hacía destacar entre el resto del equipo.

Había veces en que C. J. no era capaz de entender cómo se las había apañado Jordan para que saliera con él (que, bueno, duraron como cinco minutos y fue durante el primer año, pero no es excusa). De tan perfecto, era aburrido. Justo en aquel momento, Logan se quitó la camiseta y la usó para secarse el sudor del pecho. Obviamente, aquello no era aburrido. Eso sí, intimidaba. Con el pecho al descubierto, se

mostraban en toda su gloria la piel morena y los hombros esculpidos que había conseguido en verano dando clases de natación en la piscina del centro recreativo. C. J. cruzó tímidamente los brazos por encima del flotador que tenía en la barriga. Ella también se había pasado el verano nadando, pero la única recompensa fue tener la cara llena de pecas.

—Oye, pues a lo mejor me molan los tíos.

Eso lo había dicho Martha. Logan, en vez de beberse la botellita de agua que le habían dado, se la pasó por la nuca. Los veranos en Ohio tendían a durar más de la cuenta, y el aire estaba cargado de humedad. El sudor y el agua le chorreaban por los hombros.

—Te pueden molar los tíos —dijo Ava—, pero ese no, por favor.

Logan empezó a pasarse la botella arriba y abajo a lo largo del cuello. Arriba y abajo. Arriba y abajo.

—No me jodas —masculló Ava—. Lo hace a propósito, quiere que la gente lo mire.

—Y funciona —respondió Martha.

C. J. se rio. Tenían dudas sobre la sexualidad de Martha desde que vieron la penúltima peli de Harry Potter. Cuando acabó, C. J. comentó que le encantaría ser Hermione Granger, y Martha anunció que le encantaría liarse con Hermione Granger. Lo que faltaba por determinar era si sus sentimientos iban dirigidos únicamente hacia la mujer más notoria de Gryffindor o hacia las mujeres en general. Martha estaba esperando a besar a alguna chica antes de declarar oficialmente su sexualidad.

—Chicas, venga —dijo Jordan—, que Martha tiene que irse a trabajar. ¿Cómo queda la cosa?

—Yo conduzco —dijo C. J.—. Ava se encarga de la cosa afilada...

—Sí, pero, en serio, ¿cómo de afilada?

—Como veas —dijo Martha—. Yo salgo a las ocho. ¿Me recogéis?

Llegarían tarde, de las últimas, pero no podían pedirle a Martha que no fuera a trabajar. Ya estaba como un flan por no saber cómo iba a pagarse la matrícula del año siguiente.

Así que quedaron a las ocho de la tarde y luego debatieron sobre el punto de afilado adecuado, y poco más. Llevaban tantísimo tiempo hablando y soñando sobre aquella noche que les parecía irreal que por fin fuera a suceder.

Mientras se alejaban de las gradas, C. J. miró atrás un momento. Llevaba un rato intentando que la viera su antiguo entrenador de *cross* para hacerle un gesto y decirle, sin palabras, que, a pesar de haberlo dejado, se sentía muy agradecida por los tres años de entrenamiento. Sin embargo, a quien vio fue a Logan, que apartó rápidamente la mirada, pero le dio tiempo suficiente a que se diera cuenta de que había estado mirando a una de ellas. Lo que sería imposible saber, lo que ella desconocía, era a cuál de las cuatro había estado observando.

Capítulo dos

Ava, C. J., Jordan y Martha (siempre les había parecido justo decir sus nombres por orden alfabético) eran un cuarteto fiel e inseparable. Eso sí: aquella amistad extraordinaria había tenido unos orígenes bastante ordinarios. No había habido ningún gran momento triunfal, pero tampoco ninguno trágico. Nada que llamara la atención. Sencillamente se conocieron un día en el parque cuando tenían cinco años. Fue a finales de verano, y había mucha cola para tirarse por el tobogán, así que empezaron a hablar mientras esperaban su turno. Todavía faltaban unas cuantas semanas hasta que empezaran las clases de preescolar, y todas estaban nerviosas por sus propios motivos. A todas las tranquilizó enormemente saber que las habían puesto juntas con la misma profesora. Una de ellas declaró que era cosa del destino, y todas asintieron por mucho que dos ni siquiera supieran lo que significaba la palabra. Al final del primer día, ya habían decidido que tenían que ser mejores amigas. Así de fácil y así de natural.

Doce años más tarde, les seguía gustando agradecerle al destino que las hubiera juntado en aquel parque en concreto en ese día en particular. Aun así, cuesta reconocerle el mérito a la divina providencia cuando todos los niños de la zona

vivían prácticamente en Memorial Park aquel verano. Ya no es solo que tuviera el mejor tobogán y las barras más altas, sino que existía cierta curiosidad y fascinación por los nombres grabados en la madera suave y ajada del parque infantil. En aquella época, Ava, C. J., Jordan y Martha no sabían qué pintaban allí aquellos nombres. Apenas sabían leer. Pero eso no impidió que pasaran los dedos por las letras e intentaran deletrear las palabras mientras el sol vespertino les quemaba las cabezas, y los olores dulces del verano parecían prolongarse sin fin.

Tenían la sensación de que había pasado un millón de años desde aquel día, y al mismo tiempo parecía como si hubiera sido ayer mismo. Eso es lo que pensaba Jordan de camino a Memorial Park aquella noche. Llegaban tarde, algo que la mosqueaba por mucho que, básicamente, fuera culpa suya. Se había cambiado de ropa tropecientas veces antes de decidirse por la primera que se había probado.

C. J. aparcó en la acera, aunque todavía no hubiera doblado la esquina y estuvieran a varias manzanas del parque.

—¿Qué haces? —le preguntó Martha desde los asientos traseros.

—Por si viene la poli —respondió C. J., y apagó el motor—. No quiero que encuentren mi coche en la escena del crimen.

—Clarke Josephine Jacobson —dijo Jordan—. Qué tonta eres.

C. J. no la escuchaba. O, en todo caso, la estaba ignorando la mar de bien. Salió del coche y las demás la siguieron. Acto seguido, guardó las llaves en la mochila y sacó una sudadera negra y se subió la cremallera hasta arriba, y eso que hacía una noche cálida y húmeda. Jordan observó a C. J. con curiosidad ponerse la capucha y estirar los cordones hasta que en la penumbra solo se le veían los ojos verdes. Cuando

ató los cordones con un lacito apretado, las demás se miraron entre sí.

Hacía mucho tiempo que las cuatro chicas se habían prometido no criticar jamás a un miembro del grupo por la espalda y se tomaban muy en serio las promesas, así que cuando C. J. las miró y susurró un ahogado «¿Qué?» desde detrás de la mezcla de poliéster y algodón de la capucha, no se rieron de ella a sus espaldas. Se rieron a la cara.

—Estás de coña, ¿no? —dijo Martha.

Ava la miró de arriba abajo e inclinó la cabeza a un lado.

—¿No tienes calor con eso puesto?

—A mí me parece que está monísima —añadió Jordan, y se volvió hacia C. J.—. Patata.

—¿Eh? —Justo cuando C. J. se volvía, Jordan hizo una foto.

—Adorable —dijo, mirando la imagen.

—Ja, ja. Sois la pera, chicas. No quiero que nos pillen.

Tampoco es que lo que iban a hacer fuera un delito ni nada por el estilo —lo habían buscado por si acaso—, pero no era completamente legal. Era una falta leve. Jordan le probó varios filtros a la foto.

—Que ni se te ocurra colgar eso —la amenazó C. J. con cierto temor.

—¿Por qué no? Mira qué mona estás. —Jordan le enseñó el móvil.

C. J. lo cogió y se quedó horrorizada.

—Creo que *mona* no es la palabra que se me viene a la cabeza.

La foto no le hacía justicia. La capucha le aplastaba la cara y provocaba que su naricita chata y llena de pecas —quizá lo más característico de C. J.— pareciera demasiado chata. Mechones de pelo rubio le caían lacios a cada lado de la cara, y parecía muy alta. Era alta —la chica más alta de la clase—,

pero si hubiera previsto que le harían una foto, seguramente habría hecho la excentricidad de siempre de inclinar la cade-
ra a un lado y bajar los hombros de tal manera que, en su
opinión, diera la impresión de tener una altura normal. Jor-
dan vio que C. J. borraba la foto.

—¡Oye! —gritó Jordan.

—Me niego a que me arresten porque has colgado esta
foto en internet. La imagen que podría acabar completamen-
te con mi futuro.

Jordan recuperó su teléfono.

—¿No te parece que te estás pasando de dramática?

—Puede que acabe metida en política. ¿Y si esta foto me
impide llegar a presidenta? ¿No te sentirías como una
mierda?

—No te preocupes —respondió Jordan—. Siempre pue-
des optar a ser presidenta del club de fans de Justin Bieber.

—Ja, ja —ironizó C. J.

—Tranquila, C. J. —añadió Ava—. Somos menores. Lo
que haces cuando eres menor no cuenta. —La madre de Ava
era abogada.

—Pues venga, vamos a hincharnos a delinquir mientras
podamos —propuso Martha.

—Me apunto —dijo Jordan—. Vamos, que tengo poquísi-
mo tiempo.

Cogió a Martha del brazo con entusiasmo y las dos em-
pezaron a caminar dando saltitos.

—Capullas —sentenció C. J., y se dispuso a seguirles el
ritmo.

Jordan dejó de saltar cuando se percató de la ventana rota
en la casa de la esquina. El barrio había cambiado muchísi-
mo desde que eran pequeñas, y había pasado de ser «pinto-
resco» a «dar repelús» casi de la noche a la mañana. Martha
vivía a pocas manzanas de allí, y, por mucho que fingiera

que no le importaba, Jordan sabía que le dolía oír a los demás chavales de la escuela decir que era un barrio de mierda. Jordan no necesitaba imaginarse lo que debía de doler, porque siempre que alguien las veía juntas, no asumían que Martha era la que vivía allí. Ser medio negra implicaba que la gente mirase a Jordan y concluyera que era ella la que vivía en el barrio de las ventanas rotas y la elevada tasa de crimen.

El móvil de Jordan sonó para indicar que le había llegado un mensaje nuevo. Era de Logan Diffenderfer. No era tan raro que le escribiera. Ella era la editora del periódico de la escuela y él, el fotógrafo, así que siempre tenían cuestiones profesionales entre manos. Sus mensajes solían empezar con un «Oye, jefa» y seguir con cosas como «Te he enviado las fotos, mira el correo». Sus respuestas eran igual de profesionales: «Recibido, gracias», «Se aprueba el diseño final» o «Si me vuelves a enviar otra fotopolla, te despido». Nunca eran fotos obscenas reales, sino imágenes de pollas de agua, del pájaro, y Jordan siempre fingía que no le hacían gracia. El mensaje de hoy era diferente.

Te estaba buscando. ¿Sigues por aquí?

No sabía lo que quería, y tampoco le gustaba el hecho de que aquello le hubiera acelerado un poco el pulso. Le complicaba el tema de aparentar que ya no sentía nada por él. Jordan le echó un vistazo a Ava y se preguntó si habría llegado a ver el mensaje. Esperaba que no. No quería verse obligada a intentar explicarlo. Y no sería capaz de engañar jamás a su amiga. Bueno, eso no era del todo cierto. La había engañado una vez. Cuando estaban en primero, le dijo a Ava que había dejado a Logan Diffenderfer porque ya no le importaba lo más mínimo. Y era mentira. Le importaba en aquel momento y le seguía importando ahora. Lo cierto es que si Jor-

dan dejó a Logan fue precisamente por su amiga Ava, por lo que esta le había oído decir a él y lo mucho que le había dolido.

A su lado, Ava bajó la cremallera de la bandolera y se puso a rebuscar algo. Jordan la observaba con atención, como solía hacer tantas veces. Ava tenía buena pinta. Parecía feliz. El problema era que, con Ava, las apariencias podían llevar a engaño. Solo sus amigas más cercanas sabían el dolor que la atenazaba en lo más profundo de su ser. Jordan le sonrió y Ava le devolvió el gesto. Poco después, encontró lo que había estado buscando y lo sacó del bolso. Era un cuchillo grande de cocinero.

Jordan dio un respingo.

—Hostia, Ava. ¿Qué mierda es eso?

La hoja relucía bajo la luz de las farolas.

—¿Qué pasa? —preguntó Ava despreocupadamente—. Me pedisteis algo afilado. Esto está afilado.

C. J. cogió el cuchillo.

—Ava, es Wüsthof, es el cuchillo de cocinero de tu madre.

—¿Y?

—Pues que no podemos usarlo. Tu madre te va a matar.

—Lo dejaré donde estaba cuando acabemos.

C. J. se pasó el cuchillo de una mano a la otra.

—Cuando lo vuelvas a dejar estará hecho un asco.

—No se va a dar cuenta.

—Pero ¿cómo no se va a dar cuenta?

—Pueees... Porque no cocina. O sea, nunca. En serio, ¿no conocéis a mi madre?

Se suponía que era una broma, pero la verdad era que, tras doce años de amistad, las otras chicas conocían más bien poco a la madre de Ava. Estaba siempre trabajando. Jordan sabía que cuando la gente oía que a Ava la había criado una madre soltera, siempre presuponían el resto. Veían a la chica

latina taciturna que no soportaba hablar en público y que a veces no venía a clase por motivos crípticos, y se montaban una película con la pobreza como protagonista. La realidad era muy diferente. La madre de Ava era una de las socias ejecutivas de una de las empresas legales más importantes de la ciudad.

—Me niego a que nos carguemos un Wüsthof. —No es que a C. J. le gustara cocinar, pero sí que disfrutaba viendo los programas de cocina—. Y, por favor, miradlo. Corremos el riesgo de amputarnos un dedo.

Ava recuperó el cuchillo y se puso un poco a la defensiva.

—¿Y qué queréis que hagamos? Me encargasteis lo del cuchillo, ¿y yo qué he traído? Pues un cuchillo.

Martha abrió su mochila y le enseñó algo a C. J. Era un cuchillo de carne, viejo y desafilado por el tiempo y el uso. La punta de la hoja estaba bastante roma.

—¿Cómo lo veis?

—Esto —dijo C. J.— sí que podemos cargárnoslo.

A Martha se le hacía muy raro llevar el cuchillo en la mano. Su madre se lo había dado aquella tarde, pocas horas antes, después de presentarse por sorpresa en el cine en el que trabajaba Martha.

Sus padres también eran unos vándalos de Cleveland —de la promoción el 2003 en el mismo instituto al que ahora asistía Martha— y siempre había sabido que cometieron la misma falta que Martha y sus amigas estaban a punto de perpetrar. No era precisamente un crimen que pudieras esconder. Había visto las pruebas. Martha y su madre no solían hablar del tema; de hecho, no solían hablar de nada en general. Martha vivía con su padre, y la relación con su madre estaba entre lo tormentoso y lo inexistente. Se veían tan poco que Martha apenas había podido relacionarse con sus her-

manastros. Eran gemelos y, a pesar de que no eran idénticos, Martha los confundía de vez en cuando. Aquella parte de la familia era de todo menos una familia, y por eso no le sorprendía demasiado ver a su madre aparecer con el cuchillo y, en el momento en que se lo entregó, decirle con la voz entrecortada que era el mismo que ella utilizó cuando cursaba el último año.

Las chicas doblaron la esquina y Martha vio la magnitud de la tragedia. Era como si todos los estudiantes de su curso estuvieran allí. A Martha le gustaba describirse como cínica, y había dejado más que claro que aquella tradición le parecía una tontería. Con todo, mientras le daba vueltas al cuchillo en la mano, ya no le parecía una tontería. Tuvo que ser algo muy significativo para que su madre hubiera guardado el cuchillo durante casi dos décadas. Quizá aquella noche iba a significar mucho más de lo que creía.

—Pues aquí estamos —dijo Jordan.

—Ha llegado el momento de añadir nuestros nombres a la historia —repuso Ava.

Los estudiantes del último año del instituto William McKinley llevaban más de quince años reuniéndose en Memorial Park el primer viernes del curso para grabar sus nombres en la madera vieja del parque infantil. Aquella noche, Ava Morgan, C. J. Jacobson, Jordan Schafer y Martha Custis añadirían sus nombres a la lista junto con los del resto de la promoción de 2020.

Desgraciadamente, para aquellos estudiantes de último año no iba a ser tan fácil. A medida que se acercaban al parque infantil, las chicas se dieron cuenta de que la multitud no se estaba reuniendo dentro del parque, sino a su alrededor. Memorial Park, normalmente abierto a todo el mundo, estaba completamente cerrado, rodeado por una reja de alambre y rematado con alambre de espino en la parte superior. En

un primer momento, pensaron que debía de ser un incordio más de los polis de la ciudad por evitar que la gente participara en una tradición que, técnicamente, era vandalismo. En ese momento, vieron el letrero: un anuncio oficial de la ciudad en el que se les comunicaba que no tendrían la oportunidad de unirse a las generaciones anteriores y grabar sus nombres en el parque. El legado acababa allí —o al menos de aquella manera—, porque la demolición del parque ya estaba programada.

La zona era una jaula de grillos, pero fue la voz de Grayson Palmer la que acabó sobresaliendo por encima de todas las demás.

—No pueden dejarnos fuera. ¿Alguien lleva algo para cortar cadenas, una palanca o algo? ¡Lo que tenemos que hacer es colarnos!

La muchedumbre prorrumpió en vítores. Ava miró a sus amigas y le alegró ver que a Jordan ya le había salido la vena periodística. Había sacado el móvil y estaba escribiendo el nombre del parque en el navegador para buscar más información cuando Logan se le acercó.

—Por fin —le dijo a Jordan como saludo—. Te he estado enviando mensajes. Creo que esto es una historia perfecta para la portada.

—Estoy en ello —respondió Jordan—. ¿Estás haciendo fotos?

Él asintió.

—Puedo empujar a la peña por encima —gritó Grayson—. Las chicas con las faldas más cortas van primero.

Más vítores y carcajadas. Grayson ya era el líder *de facto* del grupo. Era alto y tenía un vozarrón, suficiente para ponerlo al mando. Ava quería decirles que no tenía sentido co-

larse si el ayuntamiento iba a echarlo abajo, pero tenía ese tipo de voces que jamás oyes entre una multitud.

Jordan levantó la vista del teléfono.

—Estoy en la página web del ayuntamiento. Está tardando una vida en cargarse.

Ava, C. J. y Martha rodearon a Jordan y echaron un vistazo al brillo electrónico de la pantalla, esperando impacientes. Logan también se inclinó a su lado, y Ava tuvo que apartarse torpemente para dejarle sitio. Su presencia era como una invasión. Siempre se había sentido insegura teniéndolo cerca. Pequeña e inferior. Insignificante y tonta. Sabía que, intelectualmente, no era nada de eso. Bueno, a ver, pequeña sí, pero solo físicamente. Y estaba claro que no era tonta. Aunque Logan dijo que era tonta unos años atrás. Y no a la cara, sino por la espalda, lo que empeoró aún más las cosas, porque significaba que lo pensaba de verdad. Incluso hoy día le costaba no sentirse idiota cuando lo tenía cerca. Ava hacía lo que el doctor Clifford le recomendó que hiciera cuando notara punzadas de inseguridad: recitar un mantra para sí misma. «*Soy lista. Soy lista.*» A continuación, añadía una segunda parte que claramente no formaba parte del consejo del doctor. «*Logan Diffenderfer es imbécil.*»

Algo apareció de repente en la pantalla de Jordan, y Logan se apretó todavía más para intentar leerlo. Esta vez Ava se mantuvo firme.

—Lo siento —dijo Logan, antes de echarse atrás.

Jordan amplió el texto de la pantalla con los dedos.

—Bingo —dijo—, he encontrado la información sobre la propuesta de desarrollo.

—Me gusta la palabra *propuesta* —añadió C. J.—. Eso significa que todavía no hay nada cerrado.

—Pero a mí no me gusta la palabra *desarrollo* —dijo Ava.

—Ni a mí —coincidió Logan. Ava lo miró y, por la expre-

sión extrañada que seguro que debía de tener, siguió—: ¿Qué? Sí, estoy de acuerdo contigo.

Ella desvió la mirada y se volvió hacia Jordan.

—¿Qué quieren desarrollar?

Jordan clicó en otro enlace. Mientras el teléfono cargaba, les llegó un retumbe de bajos de otro móvil cercano. Alguien había puesto una canción sobre rebelarse contra el poder, y varias personas empezaron a bailar. Cammie Greenstein anunció que sus padres no estaban en casa y que su hermana mayor podía comprarles cerveza. Por un segundo, parecía que la multitud estuviera a punto de disgregarse. Pero Grayson sacudió la cabeza:

—No, de aquí no se va nadie. Hemos venido a grabar nuestros nombres, y eso es lo que haremos.

Se acercó a la valla y esbozó una expresión sincera de decepción al agarrar con las manos la alambrada y observar el parque infantil. Estaban tan cerca y tan lejos al mismo tiempo...

—¿No hay nadie que pueda traer un camión esta misma noche? Propongo que la echemos abajo directamente.

Jordan gruñó, pero no por lo que había dicho Grayson. Reaccionó a algo que había leído en el móvil.

—A ver —empezó—, tengo buenas y malas noticias. ¿Cuáles queréis primero?

—Las malas —contestó C. J.

Jordan les enseñó el móvil.

—Es un edificio de oficinas monstruoso.

En la pantalla se veía un renderizado arquitectónico de una torre de diez pisos. Martha le quitó a Jordan el móvil de las manos para mirarlo de cerca.

—Cabrones —dijo—. ¿En serio quieren meter esto en medio de mi barrio? —Le devolvió el teléfono a Jordan—. ¿Y las buenas noticias?

—Hay una reunión municipal para debatirlo dentro de tres semanas. Está abierta al público. Cualquiera puede ir y presentar sus quejas.

—Guay —dijo Logan—, porque creo que aquí hay unas cuantas personas que querrán expresar sus opiniones. —Se volvió hacia la muchedumbre y se acercó las manos a la boca imitando la forma de un megáfono—. ¡Eh! ¡Vosotros! ¡Escuchadme! Apagad la música.

La canción protesta se detuvo en cuanto se oyó la orden.

—Esto no acaba aquí. Tenemos un plan.

Todos lo escuchaban, prendados de cada palabra, igual que había pasado con Grayson. Ava se preguntó cómo debía ser lo de tener una voz así. Fuerte e imponente. Se preguntó qué podría hacer si se diera el caso.

Cuando Martha volvió a casa aquella noche se encontró a su padre leyendo en el sofá del comedor. Hacía poco que había dejado el turno de noche, cuando finalmente los años de experiencia en el almacén en el que trabajaba como cargador le sirvieron para conseguir un horario más normal. Seguía sin trabajar las horas suficientes para cumplir los requisitos de un buen seguro de salud, pero era un cambio enorme.

—Hola, Patsy —le dijo, y levantó la vista del libro. Martha sabía que hacía años que aquel apelativo afectuoso se le había quedado pequeño, pero le gustaba que su padre la siguiera llamando así. Patsy era el apodo de niña de la mujer a la que debía el nombre, su tataratataratataratataratatarabuela, Martha Washington—. Qué pronto llegas.

Ella se dejó caer en el sofá adyacente.

—Y qué tarde para que estés despierto.

Desde el cambio de turno, su padre solía irse a la cama a las diez. Martha miró la hora. Era bastante evidente que la

había estado esperando. Puede que su madre no fuera la única que se emocionaba con aquella tradición. Su padre cerró el libro y lo dejó a un lado.

—¿Cómo ha ido la gran noche?

—Un fracaso absoluto, la verdad. Han cerrado el parque, quieren derruirlo.

—¿Y a santo de qué?

Martha cogió el libro que estaba leyendo su padre. Era una biografía de Abraham Lincoln, y al abrirlo le llegó el olor a libro nuevo de biblioteca.

—Se ve que un promotor quiere construir un edificio de oficinas. Justo en medio de nuestro barrio.

—Qué zona más rara para poner un edificio de oficinas —comentó su padre.

—Ya, es una mierda. —Martha volvió a dejar el libro—. Sigue habiendo espacio en el parque al lado de vuestros nombres. Lo miré hace unas semanas. Pensé que podía estar bien que mis amigas y yo pusiéramos los nuestros al lado de los vuestros.

Su padre sonrió, y Martha se acordó de la primera vez que le hablaron de lo de los nombres. Era una cría cuando sus padres la llevaron al parque y le contaron la historia de la noche en que grabaron juntos sus nombres. Su padre se la subió al cuello para que pudiera pasar los dedos por las letras.

—Bueno —añadió con indiferencia—. Supongo que el progreso tiene un precio.

—Todavía hay una oportunidad —continuó Martha animada—. Se celebrará una reunión dentro de unas cuantas semanas para que la promotora presente el proyecto. Cuando ella acabe la exposición, cualquiera podrá presentar sus quejas.

—¿Es una mujer? ¿Desde cuándo dejan que las mujeres sean promotoras?

Martha le dio un puñetazo de broma en el brazo. A él le

encantaba pinchar a su única hija por lo de ser feminista. A ella le daba igual, porque sabía que estaba orgulloso. Para ser alguien de la vieja escuela era muy moderno respecto a montón de cosas. Cuando finalmente tuvo el valor de decirle que quizá le gustaban las chicas, él se quedó callado un buen rato. Cuando al final abrió la boca, fue para decirle: «Bueno, al menos ya tenemos algo en común tú y yo».

Martha soltó una carcajada, más por alivio que por otra cosa. Pero no decía ninguna mentira. Ella y su padre se parecían como un huevo y una castaña. Él era un lector voraz, y ella, una loca de las matemáticas. Él había sido atleta, y ella una vez llegó a fingir que tenía la enfermedad de Morgellons para saltarse la clase de educación física. A él le gustaba el *country*; a ella, todo lo que no fuera *country*. Y, aun así, lo quería tanto que a veces le daba miedo. ¿Cómo era posible querer muchísimo más a uno que al otro? Era tan evidente que algo no funcionaba que sabía que debía de tener algún problema.

—Oye, papá —dijo, intentando sonar relajada—. ¿Qué te parecería venir conmigo? A la reunión, digo. Todas vamos a decir algo, y no seremos las únicas estudiantes de último año. Creo que sería muy guay que hablara alguien que ha grabado su nombre en el parque. Es como si ya formarás parte de su historia.

Era difícil leerle la expresión.

—No sé, Patsy. Tú eres la buena oradora.

Martha sabía que el problema iba mucho más allá. Martha sabía que había recuerdos a los que quizá su padre no quisiera aferrarse. Asintió e intentó no parecer decepcionada. A veces deseaba que su padre fuera el tipo de persona que se plantara donde fuera y le arreglara el día, y otras la satisfacía el hecho de que fuera el tipo de chica que no lo necesitara. Lo miró y él le respondió con una sonrisa antes de coger el libro y volver a concentrarse en la lectura.